

Ser grupo es una cosa extraña. Implica una condición de desequilibrio, romper paradigmas, construir una breve e inestable patria, desarrollar una economía a contrapié de la economía, una ética por fuera de las convenciones, un ser político y una extraña noción de convivio. Ser grupo implica incluso ir en contravía de las leyes matemáticas, porque dos en matemática pueden ser un conjunto plural, pero en teatro esto es difícil, se necesita muchas veces más que dos. Dos suelen ser casi siempre compañía, matrimonio, y en la mayoría de los casos “amangualamiento”, contubernio, pero no grupo. Nosotros nos aconsejamos ir mínimo de a tres, para evitar la alcahuetería, la corrupción, la autocomplacencia.

Y eso quizá está bien, digo, eso de ser compañía; tal vez está más relacionado con esta época: una época de individualismos, en la que la información ha suplantado a la experiencia. Las personas cada vez viven menos en la época de la hiperconexión, estamos más lejos que nunca del ser comunitario. Somos nosotros los anacrónicos. No es fácil ser ahora los Rolling Stones. En una era de individualismo, de escalamiento social, todos quieren ser solistas, incluso cuando no lo son. Por eso llamarse grupo no es necesariamente una realidad, quizá este nombre ha quedado como una entelequia, como un acto de la nostalgia o una forma cómoda y ambigua para no nombrar lo que aún no es del todo, pero que se percibe con una inminencia atroz. Salas que no tienen grupo hace años o nunca lo tuvieron, en las que los “dueños” cumplen más bien la función de productores que convocan elencos. Cosa poco novedosa, incluso menos que la idea de grupo, pero ajena hasta no hace mucho a nuestras maneras de relación con lo teatral. Época reptiliana, forjada en lobbys, donde nos han ido arrinconando, para convertirnos en aquello contra lo que siempre luchamos. Una nueva forma de censura, la de la desnaturalización. Ningún arte, como el teatro, ha sido sujeto de mayores sospechas y persecuciones a lo largo de la historia. Gente “non grata”. Han hecho todo, perseguirnos, censurarnos, ignorarnos. Ahora nos “ocupan”, nos tienen tomados a punta de convocatorias infinitas, raspando migajas, mientras el teatro pasa por el lado. O nos ponen de “componedores” de lo que el estado ha sido incapaz de evitar o arreglar: teatro para drogadictos, para rehabilitación social, para el medio ambiente, para cruzar calles. Eso y una tropa

# PIEDRAS QUE SUENAN EN EL RÍO

38

39

entera de habladores, timadores, oportunistas, mercachifles, estafadores, rémoras y toda clase de parásitos, que jamás hicieron teatro, o dejaron de hacerlo hace décadas, y que ahora viven de extirpar presupuestos, lamer culos, o arrebatar la miserable bolsa pública, amparados detrás del antifaz de la “gestión cultural”. Todo menos teatro, todo menos esa cosa inútil. Nos gana la partida el burócrata interior. Kafka es profeta. La zona de confort se extiende hasta nuestros sistemas nerviosos paralizándolo el músculo creativo, con sacudidas de proyectos e informes; el afán de supervivencia supera la necesidad del ser.

El paradigma ha cambiado porque el modelo ha cambiado. Los que nos formamos al amparo o la sombra de los grupos, teníamos como modelo al actor. La medida del mundo estaba en él. Estar en un grupo era observar, esperar, insistir, probar. Y uno, perplejo, asistía al ritual de ver actuar,

que es la cosa más maravillosa del teatro, lo más importante. Eso es lo extraordinario del teatro: que un hombre se separe y se coloque frente a otros, para ser o dejar de ser, eso implica una anomalía que rompe con la tediosa realidad, que la supera. El actor convoca, incluso mucho antes que el personaje, una fuerza atractiva enorme. Y a eso íbamos nosotros, ese era nuestro deseo: ser Luis Fernando Pérez, ser Helios o Aída Fernández, ser Guillermo Piedrahita o Danilo Tenorio. Entrñar esas figuras míticas sobre el escenario. Sin separación entre el proceso creativo y la presentación. Sin la tara de los sistemas de producción que separan el hecho en fabricación y producto. El teatro como esa cosa efímera que solo existe cuando sucede, el teatro como arte. El paradigma ha cambiado, el modelo ahora es el profesor, al que con descarada asiduidad llaman maestro. Los estudiantes quieren ser el profesor, buscan su sitio, lo esperan, lo ensayan. Y el profesor ya no es actor, o lo es eventualmente, que es como no serlo; incluso llega a desdeñarlo, lo considera una etapa superada, un rescoldo primitivo de la actividad. El detritus melancólico de una época de penurias. Desde el balcón de su apartamento el profesor también anhela lo que anhela su alumno.

Estudiantes de teatro a los que les prohíben participar de montajes por fuera de la institución, pues se contaminan, so pena de sanciones, de miradas sospechosas. Escuelas que dan la espalda a la realidad teatral, a la realidad en general, con programas de formación de pedagogos en teatro para un sistema que busca toderos. Licenciados en teatro que terminan en un garaje enseñando mapalé o empachados de pintucaritas. Que se gradúan sin haber ido al teatro, sin saber quien es Enrique o Santiago. Que hoy son

el súmmum del posdrama y mañana una pizza de Domino's, hoy militantes heinermüllerianos y mañana un insecticida, que hoy se comen el coco con Rodrigo García y mañana son un champú. La vanguardia del "Come around..." los de estrato seis y del "camarón" los de estrato dos. Emigraciones a la capital en busca de un momento fulgurante que termina en vagas figuraciones. Figurantes que suspiran; que, entre breves apariciones de comercial, anhelan, y que han hecho de su anhelo la mentirosa razón de su existencia: cuando termine el posgrado, cuando termine los capítulos recapitulo, vuelvo al teatro. Pero uno nunca vuelve a un sitio en el que nunca ha estado. Postergan lo impostergable: el teatro no existe, es un hecho sin pasado y sin futuro, como el relámpago, su razón de ser está en el suceso irrepitable, en su naturaleza frágil, finita. Lo otro, lo que pretenden los gurús de la industria cultural, no es teatro, es espectáculo, show, remedo de Disneylandia. Responde a intereses distintos a los del arte, su mirada no está puesta en el escenario sino en la taquilla y degradan al ser humano convirtiéndolo en el anexo inservible de su bolsillo. Mientras que nosotros, que no somos "trabajadores de la cultura" sino artistas, pues trabajador de la cultura es el vigilante de un museo o su directora, seguimos empecinados en la idea de romper algo, de destruir algo, de que algo no se quede quieto.

Los que hacemos Arte, esa cosa independiente de los modelos, no hacemos cultura sino contracultura. La cultura es un acto de domesticación de la naturaleza; cultivar, dominar, acomodar la naturaleza. La cultura es un puente sobre un río. El arte es otra cosa, es un río desbordado, uno que destruye para mostrar un nuevo paisaje. La cultura es una institución; el arte se vuelve cultura cuando ya no destruye, cuando afirma. Por eso el estado se hace el interesado en la cultura pero desprecia el arte, porque ésta lo justifica, pero el arte lo confronta. Por eso el arte es tan peligroso para el estado, pero tan importante para las sociedades. La cultura es la tradición, el arte es la revolución. A mí déjenme en el margen, en la periferia, no me inviten a los cocteles, jamás usen mi nombre: los bronces son para los muertos.

Todo esto es una hipérbole, claro, pero las exageraciones consignan verdades desesperadas, verdades a medias como todas las verdades, piedras que suenan en el río.<sup>1</sup> 📌

<sup>1</sup> Texto leído durante el Seminario teatro de grupo: 50 años del Teatro La Candelaria". Bogotá, 2016.

Negro

